FRENTE A FRENTE

De una revista cinematográfica americana:

"Rita Haywoorth filmará los exteriores en El Cairo."

PIRAMIDES de Gizeh: sólo veinticinco años os contemplan. Ojos apagados de la esfinge: estos iridiscentes y húmedos de Rita Haywoorth os inundan de luz. Desnarigada esfinge: Rita Haywoorth aprehende, por ti, la vaharada del desierto. Impávida esfinge, cifra y llave del humano enigma: Rita Haywoorth es portadora del más claro mensaje de todos y del más sencillo: su torrencial juventud, su universal belleza. Alzados los breves zapatos de serpiente sobre las capas de todos los estudiantes del mundo, envuelta por la inconsútil túnica de mil ensueños apasionados, no viene a verte a ti, viene a que tú la veas a ella. Ya era mucho tiempo de deciros, soldados de Napoleón, cuarenta siglos os contemplan. Se hacía necesario invertir los términos y notificar—¡oh, pirámides de Gizeh!—a vuestra abrasada piedra que, después que el sudor de los esclavos la acuñara, siguió la vida, y que Rita Haywoorth, el rutilante "koh-i-noor" de ella, os hace merced de este leonino contrato: el de que la veáis, a cambio de venir a veros. Fijaos, pues, en la caravana que la trae. Intuid, a la distancia, cuál es el camello que balancea su torso prodigioso y a través de qué velo le rebrilla la mirada. Contempladla bien, mientras esté junto a vosotros, porque ella pasará rápidamente por vuestro sepulcro y casi tan rápidamente por la tierra, ya que, eso sí, lo estrictamente humano no tiene, ¡oh, Cheops, oh, Micerino, oh. Khefre!, la misma andadura de vuestra mitología. Contempladla, sí, cuando se pierda en el polvo del camino, porque lo más probable es que no volváis a verla nunca o que la veáis distinta, si es que vuelve, la restallante piel de hoy desmayada y el resplandor de los ojos, consumido. Mientras así no suceda, ella será la vida sobre la muerte, la ardorosa sangre junto al granito insensible de Hammamat y la piedra de Assuan... Terrible encuentro: los Faraones de la IV dinastía frente por frente de esta escultura ambicionada... Rita Haywoorth, florecida en sí misma, oscura de antepasados y de orígenes, pero con dos horas de reinado absoluto sobre el corazón de cada hombre de hoy, y vosotros, herederos que fuisteis del Cosmos, palpitantes de amor y de fuerza las noches inaugurales del mundo y, en el meridiano de ese fugitivo encuentro, ni cenizas siquiera, sólo borrosos jeroglíficos de papiros y de funerarias lápidas.

Y esto otro, ¿qué es? ¿La película, acaso? Sí, Rita Haywoorth y las pirámides de Gizeh, en un solo plano. De la misma emulsión del revelado, ¡qué misterio ver surgir, paralelamente, vuestra geometría y su sonrisa! ¡Oh, anacronismo fabuloso, oh perturbador contraste! Rosas en vuestro cementerio. Agua agitada y estremecida de espuma en vuestro reseco cauce de lagartos... Y, neutral, el mismo celaje para vuestro antípoda signo...

Arenas de la duna: conservad la huella de su pie que ni os desriza apenas. Su leve fosa manda por cima de los túmulos que apuntan a las nubes. (Es la ufanía de lo vivo, que desprecia vuestra inmortalidad inerte. Es la vida misma y su instante de privilegio. Yo también, pobre mortal, la siento y sé que mando más soldados que Marco Antonio y que soy más rico que Creso y más fuerte que César, pues que existo.) Arenas de la duna: guardad la sombra de Rita Haywoorth y no permitáis que el simoun cambie la perfección de sus líneas.

En cuanto a vosotras, ¡oh tumbas de reyes!, sólo de la muerte vencidos, prestad mayor relieve que nunca, con vuestra nada gigantesca, a esa armonía de los veinticinco años de esta diosa de las sombras, llegada a la playa de fósiles en que os alzáis, desde las orillas en que las venas baten linfa caliente...

Y las Pirámides: "Esperaremos. Bien pronto, otra vez, valdremos más que ella."

Joaquín CALVO-SOTELO